

tas y no alteraba el sueño de nadie. Era una nota movida y pintoresca de la actualidad. Se podía gozar a plena satisfacción del lujo y los hartazgos, porque aun no se había inventado que todos los humanos tienen igual derecho a los bienes y cosechar placeres mientras otros beben la cicuta de la amargura no es honrado.

Corte vertical en el tiempo, el «Novelario» nos lleva al risueño amanecer de la centuria, cuando los cantos de los pájaros deleitan y nada presiente las inquietudes del mediodía y los dramas crepusculares. Es la fotografía, el cuadro, la música de una edad. Navegante del tiempo, el autor vuelve con su nave cargada de tesoros. Un viento de otro mundo infla las velas y la quilla desprende música de olas que sólo allí podemos oír.—DAVID PERRY B.



«LA ROMANA», novela de *Alberto Moravia*. Ed. Losada, Buenos Aires

Alberto Moravia es el seudónimo de este escritor italiano nacido en Roma en 1907, y cuyo verdadero nombre es Enrique Pincherle. Es autor de varias novelas que según las noticias que se dan en la glosa informativa, han alcanzado un éxito resonante, colocando el nombre de Moravia a la altura de los más famosos escritores de Europa.

Es posible que sean muchos los lectores de «Atenea» que hayan tenido la oportunidad de deleitarse leyendo las páginas apasionantes y fascinadoras de esta obra; mas, es seguro que sean muchos también los que no conocen al autor, ni han leído jamás una pá-

gina suya. «La romana», o «La bella romana» según otras traducciones, es la historia simple de una linda muchacha romana, que trabaja como modelo en el taller de un pintor. A pesar de que allí tiene que desnudarse a diario, nunca ha tenido aventura alguna que comprometa su sexo al extremo de hacerla perder su recato. Es una chiquilla encantadora por su sencillez, por su ingenuidad, por su gracia un poco torpe, pues aun no conoce los mil detalles y recursos de la coquetería.

La novela está hecha en primera persona y es de este modo como Adriana nos cuenta ella misma, sus impresiones mientras las muchas tentaciones de la ciudad grande la van cercando y enredando en su complicada maraña. Adriana vive con su madre, mujer de temperamento razonador, al revés de la muchacha que va por las calles soñando con encontrar un buen marido que le permita tener una casa, unos chiquillos lindos y alegres y además de eso, ejercer todas las actividades inherentes a las de una dueña de casa.

La madre enfurruñada no está de acuerdo con este mínimo y humilde concepto de la felicidad. La madre sueña con bellos trajes, con paseos y satisfacciones tan atrayentes como las de ir a un buen restaurante y luego a un teatro. Adriana no se conmueve ante este panorama. Sigue soñando con su pequeña casa, con el cuidado de los chicos mientras espera la vuelta del trabajo, del marido.

Mas, las cosas ocurren de muy diversa manera. Viene lo de siempre, el romance amoroso, el sueño de amor que siempre en todas las latitudes nos parece que ha de ser interminable y en seguida el engaño, la mentira, en la cual se escuda el seductor. De ahí

a seguir el camino de la calle, hay muy poco trecho. Y aquí es donde viene lo apasionante de esta hermosa novela, escrita con el pulso trémulo de emoción y con el gozo de poder penetrar en la vida ardiente e inquieta hasta en sus últimos vericuetos.

¡Qué desfile de personajes a cual de todos más llenos de novedad! Mezquinos, generosos, raros y sorprendivos. La mujer que va por la calle y lanza la onda envolvente de su mirada y de su sonrisa para conquistar a un hombre que la acompañará por breves horas, no tiene tiempo de hacer largos estudios de psicología masculina. A veces surge hasta un asesino y, sin embargo, hay en esta linda cortesana de las calles de Roma, un alma dulce y bondadosa, una casi inocencia que le permite sufrir y dolerse de su suerte, y ejercer también a ratos el dominio de la mujer que se sabe bella y atrayente y que no obstante las circunstancias de su vida hace sufrir a quien manifiesta demasiado interés y hasta amor por ella. Tal es el caso de Astarita, alto funcionario del régimen fascista que gobierna por ese tiempo en Italia. Delante de Astarita, tiemblan los presos políticos y los delincuentes, pero él es como un niño temeroso que mira lleno de ansiedad, cual será la actitud de Adriana frente a sus requerimientos. Hasta que un día en medio de ese torbellino de aventuras y de encuentros llega también el amor, el grande amor que todo lo purifica y redime. La novela de Moravia, es uno de esos libros que se leen con avidez creciente, con apasionado interés, con ese gozo que provoca una verdadera obra de arte.—LUIS CONTRERAS.